

Apuntes para un diccionario de seudónimos y de publicaciones anónimas (1)

Don Arturo Scarone, laborioso y digno director de nuestra Biblioteca Nacional, me ha pedido una nota liminar para esta edición de sus *Apuntes para un diccionario de seudónimos y de publicaciones anónimas*, que presentó al Congreso de Historia Americana, reunido, hace un tiempo, en Buenos Aires.

¿Por qué ha querido el señor Scarone que fuera yo, y no otro publicista de más jerarquía, quien prologara su trabajo? ¿Por mi afición a los estudios históricos y literarios? ¿Por mi sinceridad para decir lo que pienso sobre los hombres y los libros? ¿Por mi esquividad, un tanto huraña, para prodigar elogios fáciles y ligeros? ¿Por el aprecio personal que le profeso?

No. Porque si hubiesen sido esos los motivos que le determinaron a solicitarme esta página, me habría

(1) Prólogo al libro del Sr. Arturo Scarone, cuya primera edición apareció en 1926 y la segunda en 1934.

rehusado a escribirla. No soy gacetillero de alquiler que produce en la medida de las exigencias ajenas y para satisfacerlas. Ni crítico de cenáculo, círculo o partido, complaciente con los amigos y severo con los demás. Ni especialista con la autoridad necesaria para consagrar reputaciones. Ni comentador de tan brava descortesía como para batirme con los autores dentro del campo de sus ediciones y en la hora, — que debe ser cordial y grata —, de los saludos fraternales. De ahí que si no hubiese existido otra razón más convincente que las enunciadas, me habría negado a trazar este prólogo, que sólo será expresión escrita de lo que, muchas veces, he dicho al señor Scarone en esa casa acogedora de « Imparcial », donde los dos hacemos periodismo bajo la dirección experta de don Eduardo Ferreira y en la compañía honrosa de hábiles glosadores de la realidad cotidiana y fugaz.

No es, tampoco, esta nota, una credencial que otorgo al señor Scarone para que pueda entrar en la « república de las letras ». El autor del presente trabajo ha escrito varios libros bien juzgados por los entendidos. Y, en realidad, no sería excesivo « darle del atrevido, darle del sandio », — como habría dicho Montalvo en pareja circunstancia —, a quien presentar quisiera a escritor que tiene obras prologadas por Sienna Carranza y Juan Antonio Zubillaga.

Por otra parte, no creo mucho en la eficacia consagratoria de los juicios de la crítica de más segura autoridad. Y no creo nada, desde luego, en la influencia de los míos.

Paréceme que los anales del género humano han demostrado ya, en forma definitiva, con innumerales ejemplos, que un lampo de luz ajena jamás ha conseguido iluminar la oscuridad propia. Libros que fatigaron muchas plumas en el elogio pleno y vibrante, han sido barridos por ondas de selección y de crítica y permanecen estériles en los anaqueles de las bibliotecas extraviados entre tantas obras muertas que ya nadie consulta. Los trabajos de mérito que motivaron, tienen valor y significado sólo en lo que a ellos no se refieren. Y libros frente a los cuales los contemporáneos adoptaron una actitud indiferente u hostil, se han libertado de la malla de injusticias que los oprimía y han resurgido triunfantes para influir en el alma de generaciones sucesivas y renovadas. ¿Qué sabemos nosotros cuál será la verdad de mañana y en qué voz de hoy está su germen o vaticinio? ¿Qué sabe el campesino que enciende un candil para alumbrarse en la noche, a qué viajero perdido ha de orientar en su camino?

Este prólogo no es destinado, tampoco, a llamar la atención y a conquistar el aprecio del público para la interesante obra que va a leerse. Ya dijo Macaulay con su característica seguridad y precisión de pensamiento esta verdad elemental y no por elemental menos necesitada de reiteración: « lo que hace a una obra de arte estimada, no es lo que se escribe sobre ella, sino lo que en ella ha escrito su autor ».

¿ Por qué escribo, pues, esta página ?

Un prólogo ha de solicitarse cuando se considera conveniente que alguien explique el ademán del autor; su posición frente a las corrientes ideológicas que llegan y pasan y retornan; o, que comparta, con él, la responsabilidad de la publicación. Y eso es lo que ha querido el señor Scarone.

Pero, — se dirá todavía —, ¿ por qué no ha elegido, para esa labor, a otro escritor de más prestigios ?

Porque si no hubiese sido por mí, este trabajo habría permanecido inédito, perdido en alguna gaveta del escritorio de este bibliotecario. Yo fui quien determinó a su autor a publicar algunos fragmentos en « Imparcial »; después, el Presidente del Instituto Histórico le pidió toda la obra para editarla en la Revista de esa corporación.

El señor Scarone ha hecho, ante todo, un trabajo útil. Como el libro de Zinny sobre nuestra prensa periódica o como la « Historia y bibliografía de la imprenta en Montevideo », por Estrada, esta obra será, — salvo necesaria diferencia por la dimensión del esfuerzo y del tema —, de imprescindible consulta para quien quiera aspirar a conocer un poco la biografía de muchos hombres que han gravitado sobre la vida intelectual y cívica del país, de los forjadores de la lenta cultura que estamos asimilando. Servirá, por eso, para penetrar en la médula misma de la historia uruguaya.

La mayor parte de los escritores que han usado seudónimo han sido los periodistas. Pero, ¿ qué político o literato no ha escrito, transitoria o permanentemente, en la prensa diaria ? Si todos han sentido, alguna vez, la necesidad de estar embanderados, de ser directores de opinión, ¿ cómo suponerlos no incorporados nunca a esa milicia literaria ?

Se encuentran, en este libro, los seudónimos ignorados de muchas personas que fueron ilustres y que, por mérito propio, o por el rodar favorable de los sucesos o por la concurrencia de ambos factores, — para no incurrir en una falacia señalada por Vaz Ferreira —, influyeron en los destinos de la República.

Se hallan, también, en él, seudónimos de fisonomía propia, tan enérgica y brillante como la del hombre de carne y hueso que pasó junto a nosotros marcando su superioridad. ¿ No es, acaso, Sansón Carrasco, un ser tan vivo y original como Daniel Muñoz ? ¿ No es Suplente personalidad autónoma de la de Samuel Blixen ? Tardíamente supe yo que aquel Viejo Pancho, a quien leía en la estancia paterna, era un procurador de Canelones, hábil en la argucia forense y más dado a discurrir sobre nuestras cosas políticas que los gauchos del Javier de Viana de los últimos tiempos.

Y hay, todavía, los seudónimos diversos de la misma personalidad, que responden a sus distintas actividades. El literato se firma de una manera, el político de otra, el polemista de varias diferentes,

según adopte el tono acerado o irónico. ¿No significa ello que, como lo enseñaba el maestro de los « Motivos », cada uno de nosotros no es uno, sino muchos ?

Sin conocer los seudónimos que han usado algunos de nuestros poetas y prosadores, no será posible hacer una seria historia de la literatura uruguaya. Y bien; a que se realice, con acierto, esa obra necesaria contribuye el señor Scarone con eficacia indudable, ya exhumando los seudónimos perdidos en el pasado, ya recogiendo los que pronto irán a perderse.

Libro de paciencia, de largo trabajo afanoso y difícil, escrito por quien posee voluntad para la labor intelectual, este Diccionario, como todas las obras de su índole, no es completo. Sin embargo de ello, es ya el esquema definitivo del que otro hará algún día, o del que Scarone podrá escribir cuando no sea solicitado por tareas tan absorbentes como las actuales. Pero, a pesar de sus lagunas, como los datos que contiene han sido meticulosamente comprobados, esta obra posee el vigor necesario para recorrer con éxito, en manos de los estudiosos, muchas jornadas del futuro.

Siempre he creído que se le hace gran bien al país con obras de investigación, realizadas con la honestidad y elevación de propósitos que su autor ha puesto en la ejecución de la presente. Antes de hacer libros de síntesis histórica, fundados en conclusiones generales que son, no pocas veces, la suma de pormenores erróneos; antes de levantar, sobre

frágiles cimientos de papel, vastas y falsas construcciones sociológicas; antes de afirmar sobre hechos parcial o totalmente ignorados los grandes monumentos de las consagraciones prematuras, es preciso analizar todas esas menudencias que constituyen la trabazón interna de la historia y de la vida.

En esa tarea, anterior y primordial, colabora el señor Scarone con acierto que sería arbitrario, injusto e inútil negar, porque, como este escritor trabaja sin impaciencias y sin ruidos, en silencioso gabinete de estudio cerrado a las hostilidades del medio, en vano será que se le desconozcan sus méritos verdaderos: él continuará su camino llevando por lema indeclinable el de Septimio Severo: *Laboremus!*

Bienvenido sea, pues, el presente libro; bienvenido sea todo lo que haga su autor para iluminar fragmentos del pasado; bienvenido sea siempre, ahora, antes y después, todo lo que deje para que las nuevas generaciones encuentren rutas abiertas a sus ansias de construir obras definitivas y a su anhelo de prolongar la propia vida en el análisis de las existencias atormentadas o felices, ilustres u oscuras, de quienes legaron un recuerdo a la posteridad.

Escrito hace años, he vuelto a releer, — después de algunos de alejamiento y de olvido —, ese prólogo al Diccionario de Scarone.

Su autor dará, ahora, una segunda edición, de la cual podrá decirse, con sentido de realidad, que

está « ampliada y corregida », sin que ello importe afirmar que el tema queda agotado, ni mucho menos.

La indagación del pasado, la reconstrucción histórica mediante la investigación y coordinación de mil detalles menudos, no tiene fin ni límite preciso. Siempre queda, aquí o allá, sumergido en un archivo o en una biblioteca, un dato o una cifra que, si pocas veces alteran la verdad esencial penosamente alcanzada, brindan satisfacción a quienes se preocupan de hallar deficiencias en la obra ajena, con el humano propósito de exculpar la propia esterilidad.

Todo, — menos esa esterilidad —, contribuye, sin embargo, al progreso de la cultura; todo lo impulsa, aún más allá de la intención y la aptitud de sus obreros. Hasta los trabajos que, aparentemente, lo desirven y lo traicionan llegan a cumplir una función útil. Cuando un estudio deficientemente documentado suscita otro que lo corrige y completa; cuando una obra parcial y errónea hace surgir a la luz elementos ignorados y origina la decisiva exposición de la verdad, ¿ no han aportado más al desarrollo de la ciencia histórica que las murmuraciones de quienes, — según ellos —, todo lo habrían hecho bien « si se lo hubiesen propuesto », « si hubiesen tenido tiempo y oportunidad » y se han limitado a referir las que Góngora calificara de « bellaquerías de detrás de la puerta »? « Ah!, si yo hubiese querido! », decíame cierta vez, con relación a determinado episodio todavía confusamente descrito, un sesentón que tenía un rico archivo y no lo había

utilizado ni permitido examinar. Diéronme ganas de replicarle: en esta materia, querer no es poder. Su destino ha sido guardar silencio, porque no tenía nada que decir o no sabía decirlo. Pero me limité a evocarle, — no ya la figura del d'Argenton de Daudet, trágicamente estéril —, sino la de aquel Grantaire de la novela huguesca, desmesuradamente feo y con pretensiones de conquistador, que miraba a las mujeres con un aire que parecía expresar: *Si je voulais!*

Si todos esperaran la obra perfecta, no existirían los trabajadores de la primera hora que, al arribar a estos o aquellos resultados provisionales, marcan otro rumbo, despertando nuevos impulsos. Y mientras ellos mismos observan lo precario de la propia construcción, ven llegar a los otros sembradores que vienen siguiendo su huella y removiendo más hondamente la tierra del surco. Y del esfuerzo común, de las chispas que saltan de tantos pedernales golpeados por eslabones incansables, nacen las obras que son el signo inequívoco de la aptitud espiritual de una época.

Y el libro de Scarone colabora, dentro de sus posibilidades, en el progreso de los estudios históricos y literarios, aportando nuevos elementos útiles, que no quedarán perdidos y que muchos aprovecharán, sin duda, ocultando la fuente. Es el destino de las obras de su clase: ya Zinny se lamentaba, en vano, de ello, en página muy llena de amargura.

Animador, propulsor y prologuista, le auguro

a esta segunda edición, — como ayer a la primera —, ruta propicia y confío que la saludarán vientos de justicia y de victoria.
